

los negocios de interés común y las quejas de particulares, se entregaban á diversiones y pasatiempos, entre los cuales no ocupaban el último lugar los banquetes, la bebida y los dados, como era costumbre en todos los pueblos primitivos.

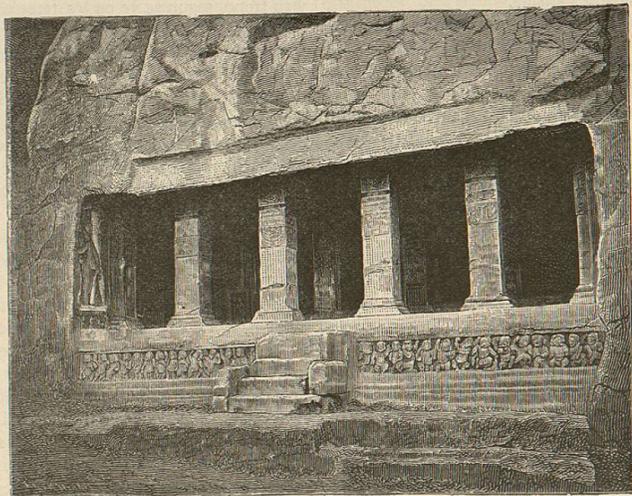
Otra clase de asambleas generales y solemnes era la que los himnos llaman *samiti*, á las cuales asistían los jefes de todas las comarcas á la cabeza de sus huestes ú hombres de armas de sus respectivas tribus. El rey presidía estas asambleas, y en ellas se discutían y resolvían los asuntos generales de todo el pueblo y las cuestiones entre las diferentes tribus y comarcas. En ellas se elegía el rey ó jefe supremo de todo el pueblo, según se desprende de himnos védicos de época posterior, y hecha la elección, un cantor saludaba al nuevo rey y jefe guerrero en una alocución poética como esta:

«Te he logrado; mantente ahora firme; que todas las comarcas te sean adictas á fin de que no te se escape el dominio.

»Quédate y no te vayas; mantente firme como las montañas; firme como Indra mantente en tu puesto, y que tu imperio sea perdurable.

»Firme está el cielo, firme la tierra, firmes están aquellas montañas, y firme está aquí el rey de las comarcas.»

Con el tiempo se dió también á la palabra *samiti*, asamblea, el significado de contienda, porque no siempre acababan pacíficamente estas asambleas en que los jefes solían presentarse con su gente armada, y efectivamente, un himno aconseja la concordia y la unanimidad á los concurrentes á ellas.



Templo construido en el interior de la montaña de Badami.

La fuerza armada se componía de los contingentes de los diferentes lugares y comarcas, que eran naturalmente más ó menos numerosos según la población, é iban mandados cada uno por su jefe local, y estos por el de la comarca si formaban parte de todo un distrito. Quizás había también caudillos generales que dirigían las fuerzas de varias comarcas. El superior de todos era el rey, que, como todos los jefes, debía dar el ejemplo á los demás guerreros, á quienes guiaba al combate. A juzgar por varios himnos, los guerreros principales iban en carros, y los demás combatían á pié, porque en ningún himno antiguo se trata de guerreros á caballo, ni siquiera hablando de los Marut ó espíritus de la tempestad, celebrados por los poetas como ideal de guerreros. Los carros de guerra iban tirados por caballos, y los poetas los describen como fogosos, valientes y corredores, dando también importancia al color y á sus lujosos arreos. En lo que más se complacen es en la descripción de los carros de guerra y otros, de los cuales dan todos los pormenores que se pueden desear; y el constructor de carros de guerra especialmente es en los himnos védicos el artista ó artesano más alabado y ensalzado, ya que todas las divinidades usaban vehículos de esta clase, los cuales reunían todas las magnificencias que la fantasía aryo india era capaz de imaginar.

Muchísimos son los pasajes que se refieren á los carros de guerra. Véanse algunos de ellos: «Como el cubo en la rueda, así se centraliza toda la sabiduría en Varuna;» «Como los rayos

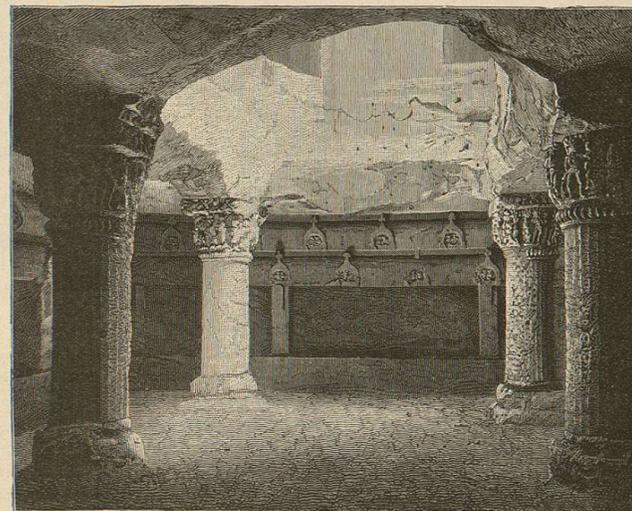
del cubo, de los cuales ninguno es el último, así son (iguales) los Marut;» «Como las llantas abrazan los rayos, abraza Agni á los dioses, é Indra á los hombres;» «Las ruedas de los carros de los Açvin y de los Marut tienen aro de oro;» «Los aros de las ruedas penetran en el suelo como cuchillos;» «Las dos ruedas del carro de Indra giran bien;» «Carros de buena madera como el de Indra;» «Los extremos del eje sobresalen de las ruedas que lleva;» «El eje no debe calentarse, como el del carro del sol, ni debe romperse;» «Bien anda el carro cuyos cubos están bien perforados como los del carro de los Açvin,» etc. La caja del carro estaba fijada sobre el eje, y hablando del carro del dios Púshan, dice un poeta: «Que no fallan las ruedas, ni se aflojan los aros, ni se cae la caja.» Los carros de los dioses son, por supuesto, de oro, los demás de madera, pero ricamente adornados con esculturas, de arqueada forma, abiertos por detrás con sitio bastante para el guerrero, el auriga y los pertrechos. Los caballos iban uncidos á una vara, y sus arreos, á juzgar por los que los himnos mencionan en los tiros de los dioses y que por supuesto son, como los carros, todos de oro resplandeciente, consistían en cincha, cabestro, tirantes y demás, excepto el bocado; el freno se sustituía por un lazo de correa formado en el extremo de las riendas, que tiradas por el auriga, que además manejaba un látigo ó aguijón, cerraban la boca del animal, y aflojadas le permitían abrirla.

Ya hemos hablado de los adornos, aros y placas de oro

con que la imaginación de los poetas hermoseaba á los dioses, cuyas armas, «relucientes como los rayos que hunden las negras nubes,» consistían en espadas, picas ó venablos, arco y flechas con su aljaba. Estas armas eran, por lo mismo, las que conocían y usaban los guerreros indio-aryas, los cuales, como armas defensivas, según los himnos que hablan de jefes y héroes, llevaban corazas de piel ó de correas trenzadas ó cruzadas y claveteadas, cubiertas de placas de metal, quizás de oro; les cubrían la cabeza yelmos con carrilleras de palastro, y á veces de oro, é iban calzados de sandalias atadas con correas á los piés y piernas hasta más arriba de la pantorrilla.

De las armas ofensivas la más principal era el arco y las

flechas, que llevan en los himnos Indra, Rudra y los hijos de este, los Marut. «Indra y Agni, dicen los himnos, acuden adonde los varones tienden el arco;» «con el arco obtendremos ganados y premios en las luchas; con el arco ganaremos las batallas; el arco nos hace temibles á nuestros enemigos; con el arco conquistaremos todos los países.» Estos dos pasajes están tomados de un himno de época posterior, si bien comprendido en el largo período védico. El arco era simplemente una vara flexible cuyos extremos unía una cuerda hecha de una tira de piel de buey. Las flechas eran de una caña sólida y tenían punta de asta, al parecer de una clase de gamuza llamada *ruru*, ó de hierro, á veces envenenadas. Al otro extremo se adaptaban plumas. Contra el rechazo de



Sala abierta en la peña de Junagadh.

la cuerda al disparar la flecha, se protegía la mano con un pedazo de cuero. Indra y los Marut, y probablemente, según ya dijimos, los mortales guerreros, llevaban también picas, venablos y cuchillos; Indra llevaba también una maza, y se describen otras divinidades manejando hachas de guerra, espadas y otras armas por el estilo, que al principio eran de piedra con mango de palo, y además hondas. Estas mismas armas llevan los guerreros en las esculturas posteriores y se van encontrando en las excavaciones. Los poetas védicos tratan por lo general exclusivamente de los dioses y de los jefes; del pueblo armado, «que lucha en horrible batalla por la victoria y al cual animan sus príncipes y jefes,» solo dicen que invocaba en la pelea á Indra, á Varuna, y en época posterior á Manyu, el valor y el ímpetu guerrero personificados y divinizados, que viene á ser otro Indra y compañero de los Marut. La algazara de los vencedores, aumentada con el ruido de los tímpanos, era tan grande, que los poetas la comparan con el estruendo de la tempestad.

En la época á que se refieren los himnos de los cuales hemos tomado los datos que preceden, no luchaban ya los indio-aryas contra los *dasyu* ó pueblos indígenas, sino contra tribus y pueblos de su misma raza, pueblos que invocaban las mismas divinidades y tenían las mismas tradiciones y creencias. La guerra con el pastoreo y el cultivo de la tierra fué la ocupación constante de los aryo indios, desde su inmigración, durante un largo período, hasta la época en

que llegó á ser ocupación exclusiva de una casta especial de la población. Desde un principio prevalece en los himnos y plegarias el espíritu belicoso y no da lugar á imágenes y escenas de la vida íntima y de las artes de la paz; y no porque los aryo-indios no conociesen y supiesen apreciar los beneficios de la paz y del trabajo, puesto que un poeta concluye su canto con esta súplica dirigida á Vastoshpati, el dios del hogar y del suelo patrio: «¡Oh Vastoshpati, déjanos disfrutar de tu dulcísima presencia! ¡Protege lo nuestro para que podamos trabajar y descansar!» Otro poeta, en una oración á Indra, el día de una batalla, exclama: «Que los pueblos, en este dios, que solícito acude á su auxilio en la pelea ardiente, reconocen también el protector de la paz.»

Con el desarrollo de la agricultura creció el amor al hogar, al terruño y á la patria. El poeta hace decir al ganadero, en un himno, que nada ajeno codicia mientras su dios Púshan le conceda en su terreno propio succulentos pastos; y en otro himno, los habitantes ribereños del río dicen: «¡Oh Sarasvati, condúcenos al bienestar; acoge benévolo nuestra fidelidad y sumisión, y no nos hagas apartar de tí buscando otro país!»

Solo cuando el suelo propio no daba el producto necesario, ó cuando el aryo pacífico se veía expuesto á continuos ataques y depredaciones de enemigos ó de vecinos turbulentos, entonces era llegado el caso, ó de defender el suelo con las armas y rechazar á los enemigos, ó de ir á atacarlos en su propio terreno, ó de emigrar á otra parte. Rodeadas las colo-

nias aryas de selvas y pantanos, estaban expuestas á continuas sorpresas enemigas de parte de los indígenas. Selvático y extranjero eran para ellos expresiones sinónimas como ideas contrarias y hostiles á terreno cultivado; y como no podia menos de suceder en semejante estado precario, los antiguos aryas-indios, no obstante ser de un carácter hospitalario, miraban á todo extranjero con prevención y desconfianza, aun cuando se presentara con objeto pacífico, por ejemplo, para ejercer el comercio.

En muchos himnos se cita á una clase de traficantes (*pani*) extranjeros, gente tan rica como avara, de corazón empedernido (1), descreída, impía; lobos voraces á quienes la divinidad debería aplastar bajo sus piés; y en otro himno se aplica este nombre de *pani* á los *dasyn*, por ser gente «falsa, lenguaraz, sin fe y sin honor, que no honraba los dioses con sacrificios.» Gradualmente llegó el nombre de *pani* á significar espíritus que guardaban celosos grandes tesoros ocultos. En una poesía védica de época relativamente moderna se refiere que Indra envió su cierva Sarama á los *pani*, «que viven muy lejos, mas allá del Océano que rodea la tierra y la bóveda celeste,» y aquella cierva, preguntada por los *pani* lo que quería, dijo: «He venido por encargo de Indra en busca de vuestro gran tesoro, y con su auxilio he podido atravesar el Océano.» A esto contestaron los *pani*: «Este tesoro, oh Sarama, está lleno de bueyes, caballos y otras cosas preciosas; sus guardas son los *pani*, y tú has hecho el viaje en vano.»

Estos traficantes procedían evidentemente de remoto país; eran de otra raza, ó por lo menos lo parecían, y llevaban á los aryas-indios productos naturales ó industriales que los aryas no tenían, quizás tejidos, metales y armas, trocándolos por oro en barras ó aros, piedras preciosas, especias y otros objetos de valor. Formaban caravanas para rechazar ataques con las armas, y eran naturalmente gente tan ávida de lucro, como astuta y resuelta.

Los aryas establecidos en el Punjab eran pastores y labradores; pero la necesidad de cambiar sus productos sobrantes por otros que les faltaban, les hizo también comerciantes, y el comercio les obligó á abrir caminos y procurarse otros medios de transporte. Efectivamente, los himnos védicos hablan mucho de «camino rectos y tortuosos, de fácil tránsito y que atraviesan montañas y ríos.» También hablan de carros de transporte de construcción sólida; pero lo que los aryas al parecer no conocían eran los puentes, porque, según los himnos, los ríos, aun los angostos, eran un grandísimo obstáculo que, cuando no había vado, se vencía con embarcaciones, canoas ó piraguas, hechas de uno ó varios troncos de árboles y movidas á remo. Estas barcas cargadas se mecían sobre las olas y servían para atravesar los ríos, remontar y descender su corriente, ya en el tráfico político ya en la guerra; pero á esto se limitaba la navegación de los antiguos aryas indios, que evidentemente, á juzgar por sus escritos y esculturas, no pasaban de ser navegantes fluviales, y solo tenían á lo mas una idea remota y legendaria del mar. Lo que dicen los himnos antiguos de los genios de la tempestad, los *Marut*, que desde el mar envían las lluvias y sumergen las montañas bajo las olas; lo que refieren de los hermanos *Açvin*, que cada día salen del mar en el cual uncen su resplandeciente carro; y lo que cuentan del mar atravesado por las naves de oro del dios *Pûshan*, el sol del pastor y agricultor, no es mas que la atmósfera, el vasto océano de aire en el cual flotan las nubes, la aurora y el sol. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de muchas expresiones que contienen otros himnos

(1) Se supone que eran asirios y después fenicios. Otros creen que llegaron al Punjab por el Norte, por Cachemira, y en este caso serían chinos.

de época védica mas moderna, como el que compara los himnos dedicados al dios *Brihapati* con «ríos que corren hácia el mar.» Otros himnos hablan de los siete ríos que, impulsados por Indra, corren hácia el mar como «montados sobre ruedas.» Muchos opinan que la voz que en estos pasajes se traduce por mar, puede muy bien significar únicamente la vasta sábana de agua que presenta el río Indo, después de habérsele unido todos los grandes afluentes que atraviesan el Punjab; pero hay pasajes que de ningún modo admiten esta explicación, como el himno que habla del mar «infinito, inflexible, indómito y siempre en movimiento, cuyas olas irresistibles se mueven con estruendo;» el que habla del mismo río Indo como del único «que naciendo en las montañas corre al mar;» y otro que habla del mar como receptáculo adonde afluyen todas las aguas puras, tanto las de la tierra como las del cielo. Estos himnos son, como hemos dicho, de época védica posterior; pero, así y todo, es preciso admitir que los aryas-indios antiguos tuvieron conocimiento de la existencia del Océano (2). Esto no autoriza á creer que sus colonias se extendiesen hasta el mar, ni mucho menos que este pueblo llevase sus expediciones navales mas allá de las bocas del río Indo.

Con mayor precisión se explican los himnos antiguos respecto de las conquistas y extensión de los indios-aryas en dirección Este y Sudeste y de sus luchas con los pueblos indígenas y otros de raza arya. Estas luchas, que sirven de motivo á la mayor parte de las poesías védicas antiguas, dan á conocer algunos episodios de aquel período de la historia del pueblo indio-arya.

En las poesías antiguas abundan los nombres propios de famosos poetas, de héroes, de príncipes y jefes de tribu y de pueblos pertenecientes en su mayor parte á aquella época. No todos estos nombres pueden aprovecharse para la reconstrucción de aquel período histórico, porque los poetas omiten los pormenores de los hechos en que intervinieron las personas y pueblos que designan, por suponerlos evidentemente conocidos del pueblo arya-indio. A estos nombres, que ocurren tan solo una vez ó á lo mas dos en toda la colección de himnos, pertenecen los siguientes: *Priyarata* y *Çrutarata*, famosos guerreros que peleaban desde un carro de guerra; *Narmara* ó sea el «matador de hombres» y su contrario *Prixa*, el exterminador de los *dasas* con el auxilio de Indra; *Rinancaya*, el rey de los *rusames*; *Citra*, rey de un pueblo ribereño de *Sarasvati* (3); *Vasuroci*, el rey opulento de los *paravatas*,

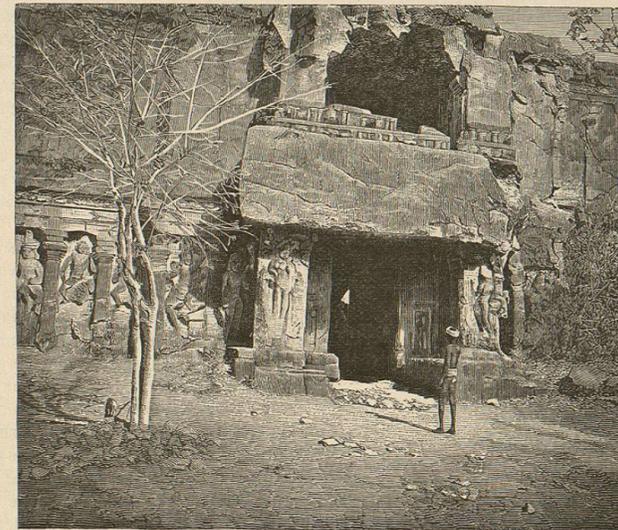
(2) El nombre sanscrito de mar es *samudra*, cuya significación literal es *reunión de aguas*. De las investigaciones críticas parece resultar que entre 1500 y 1100 años antes de nuestra era, llegaron hasta el Punjab, remontando el río Indo, mercaderes asirios que desde Babilonia, siguiendo la costa de la Persia actual, no solamente penetraron en el Indo, sino que fueron todavía mas lejos y cambiaron los productos de su país por los del extremo Oriente, é introdujeron probablemente la ciencia caldea entre los indios. De los asirios compraron los fenicios los productos de la India y los vendieron á los pueblos ribereños del Mediterráneo, hasta que después, por el año 1100 antes de nuestra era, los mismos fenicios fueron á buscar estos productos directamente á la India desde Elam y Asiongaber, ambos puertos antiquísimos, el primero capital del pueblo elamita, en el extremo del golfo de Akaba, brazo de mar septentrional del golfo Arábigo ó mar Rojo. Un siglo después, por el año 1000 antes de nuestra era, desde estos mismos puertos el rey Hiram, de Tiro, envió sus expediciones al país de Ofir (la India) en unión con el rey Salomón. Siglos después se dedicaron también los indios-aryas al comercio marítimo, conforme se desprende con toda evidencia de varios himnos del *Atarva-veda*.

(3) Nombre atribuido por los antiguos aryo-indios á diferentes ríos, especialmente al que hoy se llama Gagar, río grande en aquel tiempo, y límite del territorio ocupado primitivamente por aquellos aryas, pero que hoy se pierde en la arena del desierto Tur. Está entre los ríos *Jumna* y *Sutlej*. El autor de este libro pretende que este río es el Indo. En la mitología india antigua *Sarasvati* era una divinidad fluvial, pero después fué la esposa de Brahma.

y muchos otros celebrados en los himnos, ya como dirigiendo y costeando lucidos sacrificios, ya como vencedores ó vencidos, ya como sumisos á los dioses, ya como descreídos, según la posición y partido del poeta.

Mas importancia para el historiador tienen aquellos nombres propios que figuran en sucesos mas ó menos legendarios celebrados en términos algo explícitos en los himnos. Entre estos nombres son notables el de *Dabhiti*, el vencedor de los *ðunis* y *cumuris*, que, con el auxilio de Indra, hundió «en sueño eterno» á millares de enemigos, y solemnizó sus victorias y dió gracias á Indra, el dios de las batallas, con un brillante y magnífico sacrificio. Otro héroe era *Bhujjn*, hijo de *Tugra* y de *Taugira*, á quien mencionan los himnos

en que se cantan las glorias de los divinos gemelos *Açvin* y la salvación milagrosa del héroe, el cual luchaba con las olas abandonado de todos. Esta leyenda, que junto con otras semejantes llenan los dichos himnos, parece referirse á una gran derrota del padre de este héroe. Otro nombre de jefe famoso es el de *Rijiçvan*, hijo de *Vidatin*, que destruyó los castillos de *Pipru* *Mrigaya*, el cazador, y los de *Vangrija*, que mató millares de *dasas*, y celebró en honor de Indra, que le auxilió en todas sus luchas, grandes sacrificios. Un *Divodasa* es celebrado como vencedor de dos enemigos llamados *Varcin* y *Sambara*, en los cuales algunos sanscritistas han querido ver, como en los enemigos del héroe anterior, simplemente genios de las nubes; pero los demás nombres y cir-



Entrada al Kailása

cunstancias parecen referirse mas bien á un hecho histórico real.

Ya hemos indicado que el nombre de «cinco pueblos» era tan frecuente en las poesías védicas, que significaba no solamente el grupo principal compuesto de las cinco tribus mayores de la rama arya que inmigró en el Punjab, sino en general toda gran colectividad de pueblos de una raza y hasta la humanidad en su conjunto. Los nombres de los cinco pueblos aryas primitivos que formaron el núcleo de los inmigrantes del Punjab, se encuentran en el siguiente pasaje de un himno cuyo autor pertenecía á la familia de cantores sagrados de los *Kutsa*, y, según algunos, á la de los *Varshagira*, pero que en todo caso no pertenecía á ninguna de las cinco tribus: «Venid, oh Indra y Agni, si os hallais entre los *yadu*, los *turvasa*, los *druhyu*, los *anú* y los *purú*; venid, toros y bebed el mosto de la soma.» Otro himno de un poeta de la familia *Kanva*, dice: «Tanto si estais, oh *Açvines*, en el Oriente ó en el Occidente, como entre los *druhyu*, los *anú*, los *turvasa*, los *yadu*, yo os llamo, venid á mí!» En este verso faltan los *panu*, que vivían en ambas orillas del *Sarasvati*, mientras los *anú* y los *druhyu*, ambos estrechamente unidos, llegaban hasta el río *Iravadi*. Las cinco ramas, en fin, se extendían por todo el Punjab septentrional, según se desprende de sus plegarias de batalla y sus cantos de victoria y de gracias dirigidos á Indra, «que trajo desde lejos á los tur-

vasa y *yadu*,» y los dirigidos á los *Marut* y á *Agni*, «que destruyó á favor de los purú los baluartes de las tribus negras.»

Entre estos cinco pueblos ó tribus aryas, á quienes una tradición posterior hace descender de un padre común llamado *Yayati*, estaban, como hemos dicho, estrechamente unidos los *anú* y los *druhyu*, por descender, además del padre común, de una misma madre. A los *anú*, llamados también *brighu*, pertenecía la renombrada y divinizada familia de los *Brighu*, ó los encendedores del fuego, y un héroe llamado *Çrutarvan Arxa*, hijo de *Rixa*, cuya magnificencia canta el poeta *Gopavana*. De los *druhyu* no se cita en cambio ningún personaje ni familia notable, si bien algun sanscritista (*Ludwig*) supone que *Trixi* *Trasadasyava*, citado en algun himno, era un rey de los *druhyu*.

Con mayor frecuencia que de los *anú* y *druhyu*, hablan los himnos de los *turvasa* y *yadu* á los cuales mencionan casi siempre juntos, celebrando el auxilio que les prestó el dios Indra para poder atravesar los ríos después de haberlos traído desde lejos. Los *turvasa* eran una rama guerrera, á juzgar por su sobrenombre *vrishavant* que parece significar enérgico y vigoroso. Su arrojo les costó una derrota de parte de los *srinjavantis*, pueblo hoy desconocido, cerca de *Hariyapiya*, junto al río *Yavyapati*, lugar y río que tampoco ha sido posible fijar hasta hoy. De todos modos, resulta que tanto estos *turvasa* como sus aliados los *yadu* ó *yadava*, celebrados